

LA LUZ DEL FARO EN EL HORIZONTE

Diana Arano Recio

Conocí a Pilar Luna en el año 2000, cuando comenzó mi interés por el patrimonio que se encuentra en los cenotes de la península de Yucatán, todos los artículos y documentales respecto a la arqueología subacuática en México, tenían su nombre. Desde aquel entonces, ya contaba con una trayectoria ejemplar y había logrado sobresalir en un mundo en el que solamente algunas mujeres se habían abierto paso.

Esos grandes retos, como el del Atlas Arqueológico Subacuático para el Registro, Estudio y Protección de los Cenotes en la Península de Yucatán; el del Galeón de Manila en Baja California, y la Arqueología Subacuática en el Nevado de Toluca, entre otros programas especiales, son proyectos que denotaban su visión de cobertura a nivel nacional y proyección internacional.

Con los compromisos respecto

a la conservación en la arqueología terrestre, gané distancia con el patrimonio sumergido, mis aportaciones en ese tenor, se convirtieron en colaboraciones esporádicas y a distancia. Sin embargo, los hallazgos de arqueología subacuática continuaban, la constante capacitación de jóvenes en este ramo y la labores de difusión se dejaban ver en los encabezados de noticias culturales y publicaciones.

En el año 2011 tuve la oportunidad de formar parte del grupo de conferencistas en la Conferencia Anual en Historia y Arqueología Subacuática, organizada por la Sociedad de Arqueología Histórica en Austin, Texas, en donde se organizó un simposio sobre los 30 años de la arqueología subacuática en México. En este marco fue admirable el reconocimiento que le otorgaron a la arqueóloga Pilar Luna, acreedora de la Medalla J.C. Harrington. Aún recuerdo


lo que me dijo, ante mi incansable afición por sociabilizar en ese tipo de eventos: “espero que además de divertirse también hayas aprendido algo”, me dijo, invitándome a la reflexión.

No fue hasta el año 2013, cuando el teléfono en el laboratorio de conservación timbró. Un grupo de expertos, espeleobuzos, paleontólogos, entre otros especialistas, bajo la coordinación de Pilar, llevaban varios años documentando in situ y estudiando un sitio paleontológico encontrado en un sistema de caverna sumergido, cercano a la actual población de Tulum, Quintana Roo. El sitio, llamado Hoyo Negro por sus primeros descubridores, es uno de los hallazgos más importantes del siglo XXI, cueva que alberga más de 15 especies (extintas y extantes) de animales prehistóricos y los restos de un

homínido del sexo femenino. Ante la evidencia de que habían ingresado buzos no expertos y perturbado el sistema, era inminente que sería necesaria la extracción de los restos óseos de la mujer conocida actualmente como Naia, hasta el momento los más antiguos datados en América.

Con una voz pausada, constante y tranquila, me brindó todos los antecedentes necesarios para darme cuenta que estaba a punto de enfrentarme a uno de los más grandes retos en mi carrera profesional. Yo tenía en puerta un viaje a la Ciudad de México para asistir a una reunión del Consejo de Conservación, “¡cambiamos tu boleto!”, expresó, “y desde la Ciudad de México, en vez de ir a Campeche ¿Puedes viajar a Cancún para reunirte con los integrantes del equipo?”, mi respuesta inmediata fue afirmativa.





A partir de ese momento compartimos una misión, rescatar los restos óseos de Naia, garantizar que fuera efectivo el tratamiento de conservación, reunir toda la osamenta recuperada a través de cuatro temporadas, y contar su historia mediante la interpretación de los especialistas. Tanto para Pilar como para mí también, fue muy importante cumplir la misión de que los restos de Naia estuvieran completos y juntos en un solo recinto, siempre me brindó todo el apoyo necesario para lograrlo.

Como integrante del Proyecto de Arqueología Subacuática Hoyo Negro, tuve la oportunidad de conocer con una mayor cercanía a la maravillosa Pilar Luna Erreguerena. A diferencia de los líderes que he conocido en mi vida, me encontré con una persona muy humana. Ante todo, siempre preguntaba cómo estabas y cómo estaba tu familia y tus seres queridos, una vez que veía que a nivel personal te encontrabas bien, procedía a retomar cuestiones propias de trabajo. Recuerdo con cariño algunas virtudes que la caracterizaban como persona:

Su fortaleza, un ejemplo claro, aún recuerdo que tenía menos de dos meses de haberse recuperado de una operación en la columna vertebral, cuando coincidimos en una de las temporadas de campo en Quintana Roo, siempre con el uniforme impecable, recuerdo que solía decir que “hay que traer la camiseta bien puesta”, y a pesar de estar reciente su operación, caminaba en aquel camino sinuoso entre la selva, nos dirigíamos hacia la entrada del cenote Ich Balám, justo desde donde parten los espeleobuzos a realizar la inmersión de buceo hacia la cueva Hoyo Negro, con

ese cabello cano, elegante y sin titubear, a paso firme, mientras me preguntaba sobre mi madre.

Poseía una alta capacidad de resiliencia, siempre encontraba una solución. La administración pública ha cambiado mucho en cuatro décadas, sin embargo, el engorro de la burocracia nunca fue un límite para coordinar un proyecto de más de cincuenta investigadores involucrados, de diversos centros de investigación a nivel nacional e internacional. Ejemplar su enseñanza respecto a que las fronteras nos las ponemos nosotros mismos y que la voluntad hacia el trabajo es lo que lleva a los excelentes resultados. Sin duda, en el proyecto de Arqueología Subacuática Hoyo Negro, al igual que en los otros proyectos bajo su dirección en la Subdirección de Arqueología Subacuática, ha inspirado a sus integrantes por su perseverancia y entusiasmo.

Su particular sencillez, “la vida me ha llevado a lado de las personas indicadas” decía, siempre dando crédito a los demás. Pero lo que más me motivó, fue su capacidad de escuchar y estar atenta de las necesidades de los otros. Creo esa bondad es lo que la llevó a tener muchos seguidores.

Por eso cuando pienso en ti, Pilar, pienso en tantas mujeres, quienes al igual que tú, han sabido conjugar en su profesión, el gusto y la dedicación. Pienso también en los discípulos que has formado y en la responsabilidad tan grande que nos queda a tu partida, sin duda, honraremos tus enseñanzas, navegaremos con tu recuerdo en nuestra memoria, tan intenso y tan constante como la luz del faro en el horizonte.